CULTURA

Mimos : La cruzada de los niños

Marcel Schwob
Rafael Cabrera
Jorge Enciso

El alma sutil de Herondas palpita en los *Mimos*, llenos del canto estridente de las cigarras y del zumbido de las abejas de oro, «que parecen besos con alas».

En *La Cruzada de los Niños*, evoca Schwob con el buen gueto de un gran señor, la Edad Media «enorme y delicada». Sabido es que en 1212 el clero del norte de Francia y de Alemania, exaltado por las prédicas de S. Bernardo, juzgó que sólo manos inocentes podrían reconquistar el sepulcro de Cristo. Turbado por esta magnífica y bárbara locura, embarcó a millares de niños, unos cincuenta mil, gran parte de los cuales murieron en las borrascas del mar, mientras otros fueron vendidos como esclavos, por los mismos que los guiaban, en los mercados de Oriente.

Marcel Schwob

Mimos - La cruzada de los niños

ePub r1.0
orhi 16.10.2017

Título original: *Mimes - La Croisade des enfants*
Marcel Schwob, 1893-96
Traducción: Rafael Cabrera

Editor digital: orhi
ePub base r1.2

Marcel Schwob

OFREZCO

ESTA VERSIÓN A

JULIO TORRI,

QUE ME INICIÓ EN EL CONOCIMIENTO

DE MARCEL SCHWOB.

PLEGUE A LOS DIOSES QUE DESCONOZCA

LA VEJEZ, Y QUE VEA SUS DÍAS

COLMADOS DE DONES

AMABLES Y

RISUEÑOS

R. C.

NOTA PRELIMINAR.

Marcel Schwob (1867-1905), es uno de los escritores más probos, más refinados y más cultos de estos tiempos. Afirma él que en arte sólo existe lo particular, y según este principio crea historias de un sabor extraño, por las que atraviesan estriges llenas de funestos presagios, verdugos, leprosos, galeotes, eunucos, piratas…

De un modo invariable cautiva a quien lo lee, por la excelencia de la ejecución que se percibe hasta en los detalles más insignificantes, por su lenguaje preciso, por la limpidez de su estilo, por el encanto remoto de los héroes de sus ficciones, arrancados de viejas leyendas, y por la delicadeza de algunas de sus mujeres, llenas de la gracia arcana de los bajorelieves egipcios que copiara la Grecia primitiva.

Corazón doble, El Rey de la Máscara de Oro, Vidas Imaginarias, son libros de cuentos exquisitos en los que se aduna al colorido vigoroso y feliz, el sentido filosófico que les dio su autor.

Además de *La Puerta de los Sueños, La Leyenda de S. Francisco de Asís, Espicilège* y el *Libro de Monelle*, escribió dos dramas antiguos: *Angélica de Longueval*, y *La Encantadora*. Tradujo *Macbeth; Moll Flanders*, de Daniel de Foe; *Francesca, da Rimini* de F. Marion Crawford; y en colaboración con Eugenio Morand, *La trágica historia de Hamlet, Príncipe de Dinamarca*.

Digna de mención muy especial es su obra *François Villon y su tiempo*, fruto de largos y pacientísimos estudios, y que Gastón Paris cita con elogio. Con ésta, que puede considerarse como su obra central, Marcel Schwob se conquistó sólida y definitiva reputación literaria.

El alma sutil de Herondas palpita en los *Mimos*, llenos del canto estridente de las cigarras y del zumbido de las abejas de oro, «que parecen besos con alas».

En *La Cruzada de los Niños*, evoca Schwob con el buen gusto de un gran señor, la Edad Media «enorme y delicada». Sabido es que en 1212 el clero del norte de Francia y de Alemania, exaltado por las prédicas de S. Bernardo, juzgó que sólo manos inocentes podrían reconquistar el sepulcro de Cristo. Turbado por esta magnífica y bárbara locura, embarcó a millares de niños, unos cincuenta mil, gran parte de los cuales murieron en las borrascas del mar, mientras otros fueron vendidos como esclavos, por los mismos que los guiaban, en los mercados de Oriente.

R. C.

MIMOS.

ἰθριξ, διάτρον, ἔνθος

PRÓLOGO. El poeta Herondas, que vivía en la isla de Cos bajo el buen rey Ptolomeo, envió hacia mí una delicada sombra infernal a la que amó en la tierra. Y mi cámara se llenó de mirra, y un soplo ligero refrescó mi pecho. Y mi corazón se volvió semejante al corazón de los muertos: porque olvidé mi vida presente.

La sombra amante sacudió del pliegue de su túnica un queso de Sicilia, un delicado cesto de higos, una pequeña ánfora de vino negro y una cigarra de oro. Súbitamente experimenté el deseo de escribir Mimos y cosquilleó en mi nariz el olor de los vellones nuevos y el humo craso de las cocinas de Agrigente y el perfume acre de las tiendas de pescado en Siracusa. Por las calles blancas de la ciudad pasaron cocineros con los brazos descubiertos, y tocadoras de flauta de cuellos incitantes, y alcahuetas de arrugados pómulos, y mercaderes de esclavos con las mejillas henchidas de dinero. Por los prados azules de sombra se deslizaron pastores que silbaban, llevando cañas relucientes de cera, y batidoras de leche coronadas de flores rojas.

Pero la sombra amante no escuchó mis versos. Volvió hacia la noche su cabeza y sacudió del pliegue de su túnica un espejo de oro, adormideras maduras, una guirnalda de asfodelos, y me tendió uno de los juncos que crecen a orillas del Leteo. Al punto experimenté el deseo de la sabiduría y del conocimiento de las cosas terrestres. Vi también en el espejo la temblorosa imagen transparente de las flautas y de las copas y de los sombreros puntiagudos y de los rostros frescos de labios sinuosos, y se me apareció el sentido obscuro de los objetos. Después me incliné sobre las adormideras, y mordí los asfodelos, y mi corazón se lavó del olvido, y mi alma asió de la mano a la sombra para descender hacia el Ténaro.

La sombra lenta y delicada me condujo largo espacio entre la hierba negra de los infiernos, donde se tiñeron nuestros pies con las flores del azafrán. Y allí eché de menos las islas en el mar purpúreo, las playas sicilianas listadas de cabelleras marinas, y la luz blanca del sol. Y la sombra amante comprendió mi deseo. Con su mano tenebrosa tocó mis ojos y vi ascender nuevamente a Dafnis y a Cloe hacia los campos de Lesbos. Y sufrí su dolor de gustar en la noche terrestre la amargura de su segunda vida. Y la Buena Diosa hizo tan alto como el laurel a Dafnis, y a Cloe le dio la gracia del mimbre verde. Entonces conocí el sosiego de las plantas y la alegría de los tallos inmóviles.

Envié luego al poeta Herondas mimos nuevos perfumados con el perfume de las mujeres de Cos y con el perfume de las flores pálidas del infierno y con el perfume de las hierbas flexibles y salvajes de la tierra. Así lo quiso esta delicada sombra infernal.

El cocinero

MIMO I. Con un congrio de plata en una mano, y en la otra mi cuchillo de cocina de ancha hoja, regresé del puerto a nuestra casa. Éste estaba colgado de las agallas en la tienda de una vendedora de lustrosos cabellos, perfumada con aceite marino. Con diez dracmas, lo compré esta mañana en el mercado de los peces; salvo el congrio, no había sino pequeños lenguados, anguilas flacas y sardinas que no daría uno a los hoplitas de las murallas. Entre tanto voy a abrirlo; se tuerce como la correa de un fuete de cuero; en seguida lo empaparé en salmuera y prometeré la horquilla a los niños que enciendan el fuego.

—¡Traed el carbón! soplad en las brasas: son de álamo; sus chispas no os pondrán legañosos. Ved, vuestra cabeza está vacía como la vejiga inflada de este congrio: ¿lo pondré en el suelo? Dadme un zarzo. ¡Idos a los cuervos! Esta salvia no vale nada, Glauco: llenaré con ella tu boca, cuando te crucifiquen. ¡Ojalá y reventaseis todos como vientres de marrana rellenos de harina mantecosa! ¡Los anillos! ¡Los ganchos! ¡Y tú, aunque hayas lamido hasta el fondo de los morteros, todavía dejaste en ellos el ajo machacado de ayer! ¡Que la mano del mortero te sofoque y te impida responder!

Este congrio tendrá la carne suave. Se lo comerán convidados exquisitos: Aristipo que viene coronado de rosas, Hylas, que tiene hasta las sandalias teñidas de polvo rojo, y mi amo Parneios de los aretes de oro repujado. Sé que aplaudirán cuando lo gusten, y permitirán que me quede, apoyado contra la puerta, para ver las piernas ágiles de las bailarinas y de las citaristas.

MIMO II. *α*. Te haré golpear, sí, golpear con vergas. Se cubrirá de manchas tu piel, como un manto de nodriza. —¡Esclavos, lleváosla; golpeadle primero el vientre; volvedla como un lenguado y golpeadle la espalda! Escuchadla; ¿oís su boca? —¿No callarás, desventurada?

β. ¿Y qué he hecho para que me entreguen a los sicofantes?

α. Es una gata que no ha robado nada; quiere digerir a su gusto, y acostarse blandamente. —Esclavos, llevaos estos peces en vuestras cestas. —¿Por qué vendías lampreas puesto que lo han prohibido los magistrados?

β. Ignoraba la prohibición.

α. ¿No lo anunció el pregonero público en voz alta, en el mercado, ordenando: «Silencio»?

β. No oí el «silencio».

α. Tú burlas, bribona, las órdenes de la ciudad. —Esta mujer aspira a la tiranía. Desnudadla, quiero ver si no oculta a un Pisistrato. —¡Ah! ¡ah! Eras mujer hace poco. Ved, ved. He aquí seguramente una vendedora de nueva especie. ¿Es que así te preferían los pescados o los compradores? —Dejad desnudo a este joven: los heliastas juzgarán si se le debe castigar por vender en la tienda pescados prohibidos, en traje de mujer.

β. ¡Oh! sicofante, ten piedad de mí y escucha. Amo hasta la muerte a una joven a la que guarda el mercader de los Muros Largos. Quiere venderla en doce minas y mi padre me niega el dinero. He vagado en torno de la casa, y la cierran para impedirme que la vea. Dentro de un momento llegará al mercado con sus amigas y su amo. Me disfracé así para poder hablarle; y, con el objeto de atraer su atención, vendo lampreas.

α. Si me das una mina, haré aprehender a tu amiga contigo, cuando compre tu pescado, y fingiré denunciaros a los dos, a ti como vendedora, a ella como compradora; después, encerrados en mi casa, os burlareis hasta el alba próxima del comerciante codicioso. —Esclavos, devolvedle su traje a esta mujer —porque es una mujer (¿no lo habíais visto?) y sus lampreas son falsas lampreas— por Hermes, son anguilas muy gruesas y lucientes (¿no podíais habérmelo dicho?) —Regresa, insolente, a tu tienda, y cuídate de vender nada, porque sospecho de ti todavía. —He aquí a la joven; por Afrodita, su cintura es flexible; tendré una mina, y acaso, amedrentando a este joven, la mitad de un lecho.

MIMO III. ¡Ábrenos niño, niño, ábrenos! Son los pequeñuelos de la golondrina de madera. Está pintada con la cabeza roja y las alas azules. Sabemos que no son así las verdaderas golondrinas; y, por Filomela, he aquí una que traza su línea en el cielo; pero la nuestra es de madera. ¡Niño ábrenos, ábrenos, niño!

Estamos aquí diez, veinte y treinta, y llevamos a la golondrina pintada para anunciaros la vuelta de la primavera. Todavía no hay flores, pero recibid estos ramos blancos y rosados. Sabemos que hacéis cocer un estómago relleno de acelgas en miel; y que vuestro esclavo compró ayer lirones para confitarlos en azúcar. Guardaos vuestro festín; nosotros pedimos poco. ¡Nueces fritas, nueces fritas! ¡Niño, danos nueces, danos nueces, niño!

La golondrina tiene la cabeza roja como la nueva aurora y las alas azules como el cielo del nuevo mee. ¡Regocijaos! Los pórticos darán frescura y los árboles pintarán su sombra en las praderas. Nuestra golondrina os promete mucho vino y aceite. Verted el aceite del año pasado en nuestros cántaros, y el vino en nuestras ánforas; porque —escucha, niño— ¡la golondrina dice que los quiere gustar! ¡Vierte el vino y el aceite para nuestra golondrina de madera!

Tal vez en otro tiempo, cuando fuisteis niños, llevasteis a la golondrina como nosotros. Ella hace señas de que lo recuerda. No nos dejéis frente a vuestra puerta hasta las antorchas de la noche. Dadnos frutas y quesos. Si sois generosos, iremos a la casa próxima, donde vive el avaro de las cejas rojas. La golondrina le pedirá su plato de liebre, bu torta dorada, sus tordos asados, y le suplicaremos que nos arroje monedas de plata. Levantará las cejas y sacudirá la cabeza. Le enseñaremos a nuestra golondrina una canción que os hará reír. Porque ella silbará por la ciudad la historia de la mujer de un avaro con las cejas rojas.

El albergue

MIMO IV. Albergue, lleno de chinches, el poeta mordido hasta sangrar te saluda. No es para agradecerte el haberlo abrigado una noche, a la orilla de un camino obscuro; la senda está fangosa como la que conduce a la mansión de Hades pero tus camastros están rotos; tus luces humosas; tu aceite rancio; tu galleta llena de moho, y, desde el último otoño, hay gusanillos blancos en tus nueces vacías. Pero el poeta está agradecido a los vendedores de puercos que iban de Megara a Atenas, y cuyos gruñidos le impidieron dormir (tus tabiques, albergue, son delgados), y le da gracias también a tus chinches, que lo mantuvieron en vela royéndole todo el cuerpo, mientras avanzaban en masas compactas por el lecho.

Porque quiso, falto de sueño, respirar por un vano del muro la luz blanca de la luna, y vió a un mercader de mujeres que llamaba a la puerta, muy tarde, en la noche. El mercader gritó: «¡Hijo, hijo!» pero el esclavo roncaba boca abajo y con los brazos cruzados tapaba sus oídos con la manta. Entonces el poeta se envolvió en una túnica amarilla, color de los velos nupciales; esta túnica teñida con azafrán se la había dejado una muchacha alegre, la mañana en que huyera, vestida con el manto de otro amante. De este modo el poeta, parecido a una criada, abrió la puerta; y el traficante de mujeres hizo entrar un rebaño numeroso. La última joven tenía los senos firmes como un membrillo; valía veinte minas por lo menos.

—¡Oh! sierva, dijo, estoy cansada; ¿a dónde está mi lecho?

—¡Oh! mi querida ama, dijo el poeta, tus amigas se han acostado ya en los lechos del albergue; no queda sino el camastro de tu sierva; si quieres descansar en él, eres libre de hacerlo.

El hombre miserable que alimentaba a todas estas jóvenes frescas alumbró el rostro del poeta con la gruesa mecha de la lámpara, cubierta de pábilos; y como vió a una criada ni muy bella ni muy cuidada, guardó silencio.

Albergue, el poeta mordido hasta sangrar te da las gracias. La mujer que esta noche se acostó con la criada, era más suave que el plumón del ganso, y su cuello estaba perfumado como un fruto maduro. Pero todo esto habría quedado oculto, albergue, sin la charla vocinglera de tu camastro. Teme el poeta que los pequeños puercos de Megara hayan sabido de este modo su aventura. ¡Oh! vosotros, que escucháis estos versos, si los «coi, coi» de los pequeños puercos en el ágora de Atenas os cuentan falsamente que nuestro poeta tiene amores viles, venid al albergue a ver a la amiga de los senos duros como membrillos, que él poseyó, mordido por las chinches bienhechoras, en una noche de luna.

MIMO V. Esta jarra llena de leche, le será ofrendada a la pequeña diosa de mi higuera. Derramaré todas las mañanas leche nueva, y, si place a la diosa, llenaré la jarra de miel o de vino puro. Así la honraré desde la primavera hasta el otoño; y si una tempestad rompe la jarra, compraré otra en el mercado de los alfareros, aunque la arcilla esté cara este año.

En recompensa, le ruego a la pequeña diosa que cuide la higuera en mi jardín para que cambie el color de los higos. Eran blancos, sabrosos y azucarados; pero Iolé está hastiada. Ahora desea higos rojos, y jura que serán mejores.

No es natural que una higuera de higos blancos produzca higos rojos en el otoño; sin embargo Iolé lo quiere. Si he sido devoto con los dioses de mi jardín; si les he trenzado coronas de violetas y vertí jarros llenos de vino y de leche; si para ellos sacudí adormideras a la hora en que el sol besa lo más alto de mis paredes entre nubes de moscardones que toman el aire de la noche; si soy digno de su amistad por mi religión, haz florecer tu higuera, ¡oh! diosa, para que dé higos rojos.

Si no me escuchas, no cesaré de honrarte con jarras nuevas; pero me veré obligado a levantarme al alba, en la estación de los frutos, para abrir sutilmente todos los higos nuevos y pintar su interior con la buena púrpura de Tiro.

La jarra coronada

MIMO VI. Como soy alfarero, modelé el fondo de una jarra cuyo vientre de tierra dorada endurecí encorvándolo, y la llené de frutas para el dios de los jardines. Pero él contempla el follaje trémulo, temeroso de que los ladrones taladren los muros. Por la noche, lirones furtivos hundieron sus hocicos entre las manzanas y royeron hasta los pepinos. Tímidos, a la cuarta hora, agitaron sus colas velludas, blancas y negras. Al amanecer, los pájaros de Afrodita se posaron en los bordes violados de mi vasija de barro, erizando las plumitas tornasoladas de sus cuellos. Bajo el medio día que zumba, una muchacha se adelantó sola hacia el dios, con coronas de jacinto. Y habiéndome percibido mientras permanecía reclinado tras de una haya, sin mirarme, coronó la jarra vacía de frutos. ¡Que el dios así privado de flores se irrite, que los lirones muerdan mis manzanas, que los pájaros de Afrodita inclinen uno hacia el otro sus tiernas cabezas! Yo enredé en mis cabellos los jacintos frescos y hasta el próximo medio día esperaré a la coronadora de jarras.

MIMO VII. ¡Oh Mannia! ven a castigar a este insolente con un buen fuete de cuero de Paflagonia. Lo he comprado en diez minas a los mercaderes fenicios, y no ha padecido hambre en mi casa. Que diga él si los cocineros le han dado aceitunas y pescado salado. Se hartó el vientre con estómagos rellenos y asados, con anguilas del lago Copais, y con quesos grasosos que tenían aún las huellas de su zarzo de mimbre. Bebió vino puro, que conservaba yo en odres olorosos de piel de cabra. Ha vaciado mis frascos de bálsamo sirio, y su túnica está violeta de púrpura: nunca la han mojado en las cubas las lavanderas. Sus cabellos se esparcen como el penacho de una antorcha de oro; el tundidor no les ha acercado sus tijeras. Mis mujeres lo depilan todos los días, y la lengua roja de la lámpara lame su piel. Su espalda es más blanca que mi cuello y que la grupa de las leonas de marfil esculpidas en los mangos de los cuchillos.

Por mi alma, bebió tanto vino en mis cráteras en una noche, como las iniciadas en las Thesmoforias durante los tres días de misterios. Creí que roncaba, extendido cerca de las cocinas, y quise rogar a los molenderos que le frotasen los labios, para castigarlo, con una mano de mortero; habría expiado su embriaguez con el acre sabor del ajo recientemente machacado. Pero lo encontré vacilante, con los ojos turbios, teniendo en las manos mi espejo de plata pulida; y éste tres veces impuro que robó de mi cofre de joyas una de mis cigarras de oro, la había colocado entre sus cabellos ensortijados. Luego, sosteniéndose sobre un pie, y con el cuerpo agitado por los estremecimientos del vino, rodeó su muslo con el velo de gasa que acostumbro ponerme bajo mi tánica de lana blanca, cuando voy con mis amigas a ver las fiestas de Adonis.

La noche de las nupcias

MIMO VIII. Esta lámpara de mecha nueva, consume aceite fino y claro frente a la estrella de la tarde. El umbral está cubierto de rosas que no trajeron los niños. Las bailarinas balancean las últimas antorchas que extienden hacia la sombra sus dedos de fuego. El pequeño flautista moduló todavía tres notas ríspidas en su flauta de hueso. Los siervos llegaron con cofres llenos de ajorcas transparentes para los tobillos. Éste untó su rostro de hollín y me cantó las burlas de su demo. Dos mujeres con velos rojos sonríen en el aire quieto, frotándose con cinabrio las manos.

Asciende la estrella de la tarde y las flores soñolientas se cierran. Cerca de la gran cuba de vino cubierta con una piedra esculpida, se ha sentado un niño risueño cuyos pies luminosos están calzados con sandalias de oro. Sacude una antorcha de pino y sus cabellos bermejos se desplegan en la noche. Sus labios están entreabiertos como un fruto que bosteza. Estornuda hacia la izquierda y el metal suena a sus pies. Sé que partirá de un salto.

¡Io! ¡Viene ya el velo amarillo de la virgen! Sus mujeres la sostienen bajo los brazos. ¡Alejad las antorchas! El lecho de las nupcias la aguarda, y yo la guiaré hacia el suave fulgor de los tejidos de púrpura. ¡Io! Hundid en el aceite perfumado la mecha de la lámpara. Crepita y muere. ¡Apagad las antorchas! ¡Oh! prometida mía, te levanto contra mi pecho: que tus pies no toquen las rosas del umbral.

MIMO IX. Ruego a loe que lean estos versos que busquen a mi esclavo cruel. Huyó de mi alcoba a la segunda hora después de la media noche.

Lo compré en una ciudad de Bitinia y olía al bálsamo de su país. Eran dulces sus labios y larga su cabellera. Subimos a un barco frágil como la cáscara de una judía. Los marineros barbudos no permitieron que nos depiláramos, temerosos de las tempestades; arrojaron al mar un gato jaspeado a la luz de la luna nueva. Los pequeños remos de madera y las velas de lino que impulsan a los barcos nos condujeron por el mar Póntico, de negras olas, hasta las playas de Tracia donde el brocado de espuma es de púrpura y de azafrán cuando se levanta el sol. Y atravesamos también las Cíclades, y tocamos la isla de Rodas. Cerca de allí, salimos en la cáscara frágil hacia otra islilla cuyo nombre no diré nunca. Porque las grutas están cubiertas de hierba roja y sembradas de aliagas verdes, las praderas son suaves como la leche, y todas las bayas de los arbustos, ya sean de un rojo sombrío, claras como cuentas de cristal, o negras como las cabezas de las golondrinas, tienen un jugo delicioso que reanima el alma. Callaré lo de esta isla, como una iniciada en los misterios. Es feliz y no se ven allí sombras. En ella amé todo un estío. En el otoño un ancho bajel nos condujo a estos campos. Porque había descuidado mis negocios; y deseaba dinero para vestir a éste con túnicas de bysos finos. Le dí brazaletes de oro, bastonee trenzados de electro y piedras que brillan en la sombra.

¡Qué desgraciada soy! Se levantó de mi lado y no sé donde encontrarle. ¡Oh mujeres que lloráis a Adonis cada año, no menospreciéis mis súplicas! Si este criminal cae en vuestras manos, tejed en torno de él cadenas de hierro; oprimid con grillos sus piernas; arrojadle en el calabozo enlosado; llevadle a la cruz, y que el Triturador de Carnes le doble la cabeza bajo las horcas: esparcid granos en abundancia en torno de la colina de los suplicios, para que los milanos y los cuervos vuelen hacia su cuerpo más de prisa. Pero mejor (porque no tengo confianza en vosotras y sé que os apiadareis de una piel tan pulida por la piedra pómez) no le toquéis, ni siquiera con la delicada extremidad de vuestros dedos. Entregadlo a vuestros jóvenes mensajeros; que me lo devuelvan inmediatamente; yo misma sabré castigarle; yo le castigaré cruelmente. Por los dioses irritados, le amo, le amo.

MIMO X. Si dudáis de que haya manejado los pesados remos, mirad mis dedos y mis rodillas; los encontrareis gastados como antiguas herramientas. Conozco cada hierba de la llanura marina que a veces es violeta y a veces azul, y poseo la ciencia de todas las conchas enroscadas. Hay algunas entre estas hierbas que están dotadas con nuestra vida: tienen ojos transparentes como la jalea, cuerpo semejante a la ubre de la cerda, y una infinidad de miembros delgados que son otras tantas bocas. Y entre las conchas horadadas las he visto que tienen más de mil agujeros; y de cada aberturita salía o entraba un pie de carne con el cual caminaba la concha.

Después de franquear las columnas de Herakles, el Océano que rodea a la tierra se torna desconocido y furioso.

Y crea en bu curso islas sombrías donde viven hombres distintos y animales maravillosos. Hay allí una serpiente de barba dorada que gobierna con sabiduría su reino; y las mujeres de este lugar tienen un ojo en la extremidad de cada uno de sus dedos. Otras tienen pico y penachos como los pájaros; por lo demás son semejantes a nosotros. En una isla a donde arribé, sus habitantes llevaban la cabeza en el sitio en que tenemos el estómago; y al saludarnos inclinaban sus vientres. No hablaré ni de los cíclopes, ni de los pigmeos, ni de los gigantes; porque es muy grande su número.

Nada de esto me parece prodigioso; no me infunde terror. Pero una noche vi a Skyla. Nuestro bajel tocó la arena de la costa siciliana. Como yo desviara el timón, percibí en medio del agua a una mujer que tenía los ojos cerrados. Sus cabellos eran color de oro. Parecía dormir. Y de pronto me estremecí; porque temí ver sus pupilas, sabiendo que después de haberlas contemplado, dirigiría la proa de nuestra nave al abismo del mar.

Las seis notas de la flauta

MIMO XI. En los pastos espesos de Sicilia hay un bosque de almendros dulces, no lejos del mar. Existe allí un asiento antiguo hecho de piedra negra donde los pastores descansan desde hace años. De las ramas de los vecinos árboles penden jaulas de cigarras, trenzadas con junco fino, y redes de mimbre verde que sirvieron para pescar. La que duerme, rígida en el asiento de piedra negra, con cintas enredadas en los pies, oculta la cabeza bajo un sombrero puntiagudo de paja rosada, espera a un pastor que jamás ha regresado. Partió, con las manos untadas de cera de virgen, a cortar cañas en los matorrales húmedos: quería modelar una flauta de siete cañas, tal como lo enseñara el dios Pan. Y cuando transcurrieron siete horas, brotó la primera nota cerca del asiento de piedra negra, donde velaba la que ahora duerme. La nota era cercana, clara y argentina. Siete horas pasaron luego por la pradera cárdena de sol, y la segunda nota resonó alegre y dorada. Y cada siete horas la durmiente de hoy oyó sonar una de las cañas de la flauta nueva. El tercer sonido fue lejano y grave como el clamor del hierro. Y la cuarta nota fue todavía más lejana y profundamente sonora como la voz del cobre. La quinta fue turbada y breve, parecida al choque de un vaso de estaño. Pero la sexta fue sorda y sofocada, sonora y precisa, como los plomos de un bridón que se golpean.

Y bien, la que ahora duerme esperó la séptima nota que no resonó. Los días envolvieron al bosque de almendros con su blanca niebla, y los crepúsculos con su niebla gris, y las noches con su niebla purpúrea y azul. Tal vez el pastor aguarda la séptima nota a la orilla de una charca luminosa, en la sombra creciente de las tardes y de los años; y, sentada en el banco de piedra negra, la que espera al pastor se ha dormido.

MIMO XII. El tirano Polícrates mandó que le trajesen tres frascos sellados que contuvieran tres vinos deliciosos de especie diferente. Tomó el esclavo solícito un frasco de piedra negra, un frasco de oro amarillo y un frasco de límpido cristal; pero el olvidadizo escanciador vertió en los tres frascos el mismo vino de Samos.

Polícrates contempló el frasco de piedra negra y movió las cejas. Rompió el sello de yeso y olfateó el vino. “El frasco, dijo, es de materia ruin, y el olor de lo que encierra me es poco tentador.”

Levantó el frasco de oro amarillo y lo admiró. Después, quitándole el sello: “Este vino, murmuró, es inferior seguramente a su bella envoltura, rica en racimos bermejos y pámpanos luminosos.”

Pero, tomando el tercer frasco de límpido cristal, lo puso contra el sol. El vino sangriento cintiló, Polícrates hizo saltar el sello, vació el frasco en su copa, y se la bebió de un sorbo. “Éste, dijo con un suspiro, es el mejor vino que he paladeado.” En seguida, colocando su copa sobre la mesa, empujó el frasco que cayó hecho polvo.

MIMO XIII. Las higueras dejaron caer sus higos y los olivares sus aceitunas; porque sucedió una cosa extraña en la isla de Skyra. Una joven huyó perseguida por un mancebo. Se levantó la orla de su túnica y dejó ver la orilla de su calzón de gasa. En su carrera, dejó caer un espejito de plata. El mancebo levantó el espejo y se miró en él; contempló sus ojos llenos de sabiduría, amó su razón, dejó de perseguirla y se sentó en la arena. Y la doncella comenzó a huir de nuevo, perseguida por un hombre en la fuerza de la edad. Levantó bu túnica y aparecieron sus muslos semejantes a la carne de un fruto. En su carrera, una manzana de oro cayó de su regazo. Y el que la perseguía levantó la manzana de oro, la ocultó bajo bu túnica, la adoró, cesó en su persecución y se sentó en la arena. Y la doncella todavía huyó; pero sus pasos fueron menos rápidos. Porque la perseguía un viejo vacilante. Había bajado su túnica, y sus tobillos estaban envueltos en lana de diferentes colores. Pero, mientras corría, sucedió la cosa extraña: porque uno después de otro se desprendieron sus senos, cayendo al suelo, como nísperos maduros. El viejo sorbió los dos; y la doncella, antes de arrojarse al río que atraviesa la isla de Skyra, lanzó dos gritos de horror y de pena.

MIMO XIV. Tendido sobre barillas modeladas, trenzado con paja que es arcilla, o tejido con telas de tierra que volvió rojas el cocimiento, me sostiene atrás y hacia el sol una doncella de senos hermosos. Con la otra mano levanta su túnica de lana blanca, y se perciben por encima de sus sandalias pérsicas los tobillos sujetos por ajorcas de ámbar. Sus cabellos son ondulados y los atraviesa un gran alfiler cerca de la nuca. Al desviar la cabeza muestra su miedo al sol y parece haber venido Afrodita a inclinar su cuello.

Tal es mi dueña, y antes vagamos por las praderas tachonadas de jacintos, cuando ella tenía la carne rosada y yo, paja amarilla. El color blanco del sol me besó por fuera, y fui besada bajo mi cúpula por el perfume de los cabellos de la virgen. Y habiéndomelo concedido la diosa que cambia las formas, me abatí dulcemente sobre su cabeza, semejante a una golondrina de agua que cae, con las alas extendidas, para acariciar con el pico unaplanta nacida en medio del estanque; perdí el junco que me mantenía lejos de ella, en el aire, y me transformé en su sombrero que la cubrió con un techo trémulo.

Pero al vernos en un barrio de la ciudad un alfarero que modelaba también doncellas, nos rogó que esperásemos y labró rápidamente con sus pulgares una figurita de tierra. Obrero de formas inferiores, nos transportó a su lenguaje de arcilla; y, con seguridad, supo trenzarme delicadamente, y plegar con suavidad la tánica de lana blanca, y ondular la cabellera de mi dueña; pero sin comprender el deseo de las cosas, me separó cruelmente de la cabeza que amaba; y, tornado quitasol en mi segunda vida, me balanceo lejos de la nuca de mi dueña.

MIMO XV. Consagro este altar a la memoria de Kinné. Aquí, cerca de las negras rocas donde tiembla la espuma, vagamos los dos. Lo saben la playa horadada, y el bosque de serbales, y los juncos de las arenas, y las cabezas amarillas de las adormideras del mar. Tenía ella las manos llenas de conchas dentadas y yo inundaba de besos las conchas vibrantes de sus orejas. Reía de los pájaros empenachados que se posan en las algas y sacuden la cola. Yo veía en sus ojos la línea larga de luz blanca que marca el límite de la tierra obscura y del mar azul. Mojaba sus pies hasta los tobillos y las bestiezuelas marinas saltaban sobre su túnica de lana.

Amábamos la estrella brillante de la tarde y el octante húmedo de la luna. El viento que rasa el Océano nos traía los perfumes de países llenos de especias. Estaban nuestros labios blancos de sal, y veíamos lucir, a través del agua, animales transparentes y suaves, como lámparas vivas. El hálito de Afrodita nos envolvía.

No sé por qué la Buena Diosa adormeció a Kinné. Cayó entre las adormideras amarillas de las arenas, a la rosada luz de la estrella de la Aurora. Sangró su boca y se extinguió la luz de sus ojos. Vi entre sus párpados la larga línea negra que marca la separación de los que se regocijan al sol, y de los que lloran cerca de los pantanos. Ahora Kinné vaga sola a la orilla del agua subterránea, y las conchas de sus orejas están llenas del rumor de las sombras que vuelan, y en la playa infernal se balancean las adormideras de cabeza negra, y la estrella del cielo obscuro de Perséfona no tiene noche ni aurora; semeja una flor marchita de asfodelo.

Sismé

MIMO XV.* Esta que aquí ves consumida, se llamó Sismé, hija de Thrata. Conoció primero las abejas y los corderos; después gustó la sal del mar; por último, un mercader la condujo a las casas blancas de Siria. Ahora está oprimida como una estatuilla preciosa en su nicho de piedra. Cuenta los anillos que brillan en sus dedos: son tantos como los años que vivió. Mira la venda que ciñe su frente: ahí recibió tímidamente su primer beso de amor. Toca la estrella de rubíes pálidos que duerme a donde fueron sus senos: ahí descansó una cabeza amada. Cerca de Sismé colocaron su espejo empañado, sus tabas de plata, y los grandes alfileres de electro que atravesaron sus cabellos; al cabo de veinte años (tiene veinte anillos), la cubrieron de tesoros. Un rico sufeta le dio cuanto desean las mujeres. Sismé no lo olvidó y sus blancos huesecillos no rechazan las joyas. El sufeta le construyó este sepulcro adornado para proteger su temprana muerte, y la rodeó de vasos de perfumes y de lacrimatorios de oro. Sismé se lo agradece. Pero tú, si quieres conocer el secreto de un corazón embalsamado, desanuda los dedos de su mano izquierda: encontrarás una sencilla sortija de vidrio. Esta sortija fue transparente; desde hace años está humosa y obscura. Sismé la ama. Calla y comprende.

MIMO XVI. Coloqué en la tumba de Lisandro un zarzo verde, una lámpara roja y una copa de plata.

El zarzo verde le recordará un poco de tiempo (ya que no durará más que una estación) nuestra amistad, la hierba suave de los prados, el lomo arqueado de las ovejas que pastan, y la fresca sombra donde nos dormimos. Y se acordará del alimento terrestre, y del invierno en que se guardan las provisiones en las ánforas.

La lámpara roja está adornada con mujeres que danzan tomadas de las manos, con las piernas entrelazadas. Se evaporará el perfume del aceite, y el barro con que fue hecha la lámpara se romperá con los años. De este modo Lisandro no olvidará tan pronto, en su vida subterránea, sus noches felices y los cuerpos blancos que la lámpara iluminó; sirvió también para quemar con su lengua bermeja, el vello de los brazos y de los muslos para el mayor placer del tacto y de la vista.

La copa de plata está coronada de pámpanos y de racimos de oro; un dios insensato agita su tirso, y las narices del asno de Sileno parecen dilatarse todavía. Estuvo llena de vino ácido, puro y mezclado; de vino de Chios perfumado por la piel de las cabras, y de vino de Egina enfriado en vasos de barro suspendidos al viento. Lisandro lo bebió en los festines donde recitó versos, y el alma del vino le despertó el demonio poético y le dio el olvido de las cosas terrenas. De este modo la forma del demonio habitará todavía cerca de él; y cuando se haya podrido el zarzo y se haya roto la lámpara la plata subsistirá aún en su sepulcro. ¡Ojalá y pueda vaciar a menudo esta copa llena de olvido, en recuerdo de sus mejores momentos entre nosotros!

MIMO XVII. Que se encierre a loe muertos en sarcófagos de piedra esculpida, en urnas de metal o de tierra, o que se les enderece dorados y pintados de azul, sin cerebro y sin enrafias, envueltos con cintas de lino, los llevo en rebaño y guío su marcha con mi varilla conductora.

Avanzamos por un sendero en pendiente que no pueden ver los hombres. Las cortesanas se oprimen contra las vírgenes, y los asesinos contra los filósofos, y las madres contra las que se negaron a procrear, y los sacerdotes contra los perjuros. Porque se arrepienten de sus crímenes, ya sea que los imaginaran nada más o que los hayan ejecutado con sus manos. Y no habiendo sido libres en la tierra, porque estuvieron ligados por las leyes, las costumbres o su propio recuerdo, temen el aislamiento y mutuamente se sostienen. La que se acostó desnuda en las alcobas enlosadas entre los hombres, consuela a una doncella muerta antes de sus nupcias, y que soñó imperiosamente con el amor. El que mató en los caminos, con el rostro cubierto de ceniza y hollín, pone la mano sobre la frente de un pensador que quiso regenerar el mundo y predicó la muerte. La mujer que amó a sus hijos y padeció por ellos, descansa la cabeza en el seno de una hetaira que fue voluntariamente estéril. El hombre vestido con un largo traje que se persuadió para creer en su dios, y se impuso genuflexiones, llora sobre el hombro de un cínico que violó todos los juramentos de la carne y del espíritu ante las miradas de los ciudadanos. De esta manera se ayudan entre sí durante su marcha, caminando bajo el yugo del recuerdo.

Llegan después a las orillas del Leteo donde los coloco a lo largo del agua que se desliza en silencio. Y unos hunden la cabeza que contiene malos pensamientos, y otros humedecen la mano que hizo el mal. Se ierguen, y el agua del Leteo ha extinguido su recuerdo. Inmediatamente se separan y cada uno sonríe para sí, creyéndose libre.

MIMO XVIII. Habla el Espejo:

Me labró en plata un obrero hábil. Fui hueco al principio como su mano, y mi otra cara se parecía al globo de un ojo empañado. Pero después recibí la curvatura necesaria para devolver las imágenes. Por último, Atenea sopló en mí la sabiduría. Ignoro lo que desea la doncella que me posee, y por anticipado le respondo que es bella. No obstante, se levanta en la noche, y enciende su lámpara de bronce. Dirige hacia mí el penacho dorado de la llama, y su corazón desea contemplar otro rostro distinto del suyo. Le muestro su propia frente blanca, y sus mejillas torneadas, y el turgente nacimiento de sus senos, y sus ojos inundados de curiosidad. Casi me toca con sus labios trémulos; pero el oro que arde alumbra nada más su rostro y todo el resto permanece obscuro en mí.

Habla la Aguja:

Como atravesaba sin gloria una trama de bysos, al robarme en casa de un Tirio un esclavo negro, se apoderó de mí una hetaira perfumada. Me colocó en sus cabellos y piqué los dedos de los imprudentes. Afrodita me instruyó y aguzó mi punta con la voluptuosidad. Llegué por último al peinado de esta doncella, y he hecho estremecer sus bucles. Por mí salta como una ternera loca, y no ve la causa de su mal. Durante las cuatro partes de la noche, agito las ideas en su cabeza y obedece a ellas su corazón. La llama inquieta de la lámpara hace danzar sombras que inclinan sus brazos alados. Aun siendo tumultuosas, percibe ella las visiones rápidas, y se precipita hacia su espejo. Pero éste no le muestra sino su rostro atormentado por el deseo.

Habla la Cabeza de la adormidera:

Nací en los campos subterráneos, entre plantas cuyos colores son desconocidos. Sé de todos los matices de la obscuridad; be visto las flores luminosas de las tinieblas. Perséfona me tuvo en su regazo y me adormecí. Cuando la aguja de Afrodita hiere de curiosidad a la doncella, le muestro las formas que vagan en la noche eterna. Son bellos mancebos engalanados con encantos que ya no existen. Afrodita sabe dar sus deseos, y Atenea muestra a los mortales la inanidad de sus sueños; pero Perséfona tiene las llaves misteriosas de las dos puertas de cuerno y de marfil. Por la primera puerta envía en la noche a las sombras que visitan a los hombres; y Afrodita se apodera de ellas, y Atenea las mata. Pero por la segunda puerta la Buena Diosa recibe a aquellos y aquellas que están cansados de Afrodita y Atenea.

MIMO XIX. Murió Akmé, mientras yo apretaba todavía su mano contra mis labios, y nos rodeaban las plañideras. Se deslizó el frío en sus miembros inferiores, y se tornaron pálidos y helados. Luego ascendió hasta su corazón, que cesó de latir, semejante a uno de esos pájaros ensangrentados que encontramos, una mañana de nieve, extendidos con las patas apretadas contra el vientre. En seguida llegó el frío a su boca que fue como púrpura sombría.

Y las plañideras ungieron su cuerpo con bálsamo de Siria, y arreglaron sus manos y sus pies para colocarla en la pira. Y la llama roja se lanzó hacia ella como una terrible amante de las noches de estío, para devorarla bajo sus besos ennegrecedores.

Y hombres taciturnos, que tienen este oficio, trajeron a mi casa dos vasos de plata, donde están las cenizas de Akmé.

Adonis murió tres veces, y tres veces se lamentaron las mujeres en las terrazas. Y este tercer año, en la noche de las fiestas, tuve un sueño:

Creí que mi querida Akmé se aparecía a mi cabecera, oprimiéndose el pecho con la mano izquierda. Salía del reino de las sombras: porque su cuerpo era extrañamente diáfano, salvo el sitio de su corazón en el que apoyaba la mano.

Entonces me despertó el dolor y me lamenté como las mujeres que lloraban a Adonis.

Y las adormideras amargas del sueño nuevamente me llenaron de sopor. Y otra vez me pareció que mi querida Akmé, cerca de mi lecho, se oprimía con la mano el corazón.

Entonces me lamenté todavía y le supliqué al cruel guardián de los sueños que la retuviera.

Pero ella volvió por tercera vez y me hizo una seña con la cabeza.

Y no sé por qué camino obscuro me condujo a la pradera de los muertos, que está rodeada por el fluido cinturón de la Estigia, donde se crían ranas negras. Y ahí, sentándose en un otero, separó la mano izquierda que cubría su seno.

La sombra de Akmé era transparente como el berilo, pero vi en su pecho una mancha roja con la forma de un corazón.

Y me suplicó sin palabras que tomara su corazón sangrante, para que pudiese vagar sin dolor por los campos de adormideras que ondulan en los infiernos, como los campos de trigo en la tierra de Sicilia.

Entonces la rodee con mis brazos, pero solamente sentí el aire sutil. Y me pareció que la sangre fluía hacia mi corazón; y la sombra de Akmé se disipó con toda transparencia.

Ahora he escrito estos versos, porque mi corazón está henchido del corazón de Akmé.

La sombra esperada

MIMO XX. La pequeña guardiana del templo de Perséfona ha colocado en los canastillos pasteles con miel, espolvoreados con semillas de adormideras. Sabe desde hace largo tiempo que no los ha saboreado la diosa, porque la espió tras de las pilastras. La Buena Diosa permanece grave y come bajo la tierra. Y si se nutriera con nuestros alimentos, preferiría el pan frotado con ajo y el vino agrio; porque las abejas infernales hacen una miel perfumada de mirra y las paseantes en las praderas violetas subterráneas, agitan sin cesar adormideras negras. De este modo aderezan el pan de las sombras con la miel que huele al embalsamamiento, y las semillas con que lo riegan dan el deseo del sueño. He aquí por qué Homero dijo que los muertos, gobernados por la espada de Odiseo, venían en multitud a beber la sangre negra de los corderos en una fosa cuadrada abierta en la tierra. Y sólo esta vez los muertos bebieron sangre, tratando de revivir: pero comúnmente se nutren de miel fúnebre y de adormideras sombrías y el líquido que corre en sus venas es el agua del Leteo. Las sombras comen el sueño y beben el olvido.

Por esta razón, no por otra, los hombree han escogido estas ofrendas destinadas a Perséfona; pero no se cuida de ellas, porque ha abrevado el olvido y se ha saciado de sueño.

La pequeña guardiana del templo de Perséfona espera a una sombra solitaria que vendrá acaso hoy, tal vez mañana, quizá nunca. Si las sombras conservan un corazón amante como las doncellas de la tierra, esta sombra no ha podido olvidar por el agua sombría del ríe del olvido, ni dormitar por las adormideras tristes del campo del sueño.

Pero sin duda quiere olvidar, según el deseo de los corazones terrestres. Entonces, vendrá alguna tarde, cuando la luna rosada ascienda por el cielo, y se mantendrá cerca de las cestillas de Perséfona. Compartirá con la pequeña guardiana del templo los pasteles de miel espolvoreados con semillas de adormideras y le dará en la cuenca de su mano una poca del agua sombría del Leteo. La sombra gustará de las adormideras de la tierra y la doncella beberá del agua de los infiernos; después se besarán en la frente y la sombra será feliz entre las sombras y la doncella será feliz entre loe hombres.

ἀσφόδελος, μέλισσα, δάφνη

EPÍLOGO. La dilatada noche durante la cual Dafnis y Cloe permanecieron despiertos como búhos, los condujo hasta el asilo de Perséfona la luminosa. El indulgente dios de los amantes los hizo morir a buen tiempo, parecidos a niños piadosos. Temió los celos de las ninfas, o de Pan, o de Zeus. Hizo volar sus almas durante su sueño de la madrugada; y llegaron al reino de Hades, y, blancas, atravesaron sin mancillarse el infernal pantano, escucharon a las ranas, huyeron ante el triple ladrido de las gargantas rojas de Cerbero. Después, en las praderas sombrías, obscuramente alumbradas por un crepúsculo de astros, las dos sombras blancas se sentaron y recogieron el azafrán amarillo y el jacinto; y Dafnis trenzó para Cloe una corona de asfodelos. Pero no comieron el loto azul que crece en las orillas del Leteo, ni bebieron del agua que hace perder la memoria. Cloe no quería olvidar. Y la reina Perséfona les dio sandalias de hielo con suelas de fuego para que atravesaran la corriente inflamada de los ríos rojos.

Sin embargo, a pesar de las grandes flores amarillas, azules y pálidas de las praderas subterráneas, Cloe se aburría. Sólo veía en la hierba obscura mariposas nocturnas, muy pesadas, cuyas alas negras estaban cortadas por rojas medías lunas. Dafnis no acariciaba sino alimañas de la noche, cuyos ojos tenían fulgores de luna, cuyo pelo era suave como el de los murciélagos. Cloe tenía miedo de los mochuelos que graznaban en los bosques sagrados. Dafnis suspiraba por la blancura de las cosas bajo el sol. Se acordaban los dos, porque no habían humedecido sus labios en las aguas del Leteo; lloraban por la vida e invocaban a la grave y bienhechora Perséfona.

Y como todos los ensueños salen del Erebo por la puerta de marfil, el dormir de las sombras es sin ensueños. Por lo común, como están envueltas por el olvido, sólo sueñan en sus cabezas vanas y ligeras, con las llanuras indecisas que rodean al Tártaro; pero Dafnis y Cloe sufrían infinitamente por no realizar, durmiendo, sus recuerdos de la vida pasada.

La Buena Diosa tuvo piedad de ellos, y le permitió al Conductor de Almas que los consolara.

En una noche azul, fingió confundirlos con los Sueños; y, entre los seres multicolores, que pasan bajo nuestros párpados cabalgando, volando, gritando, riendo o llorando, al escaparse de la pálida puerta del Erebo, Dafnis y Cloe, estrechamente unidos uno contra otro, tornaron a ver la isla de Lesbos.

La sombra era azulada, los árboles claros, los sotos luminosos. La luna parecía un espejo de oro. Cloe se vió en ella con un collar de estrellas. Mitylene se levantaba a lo lejos como una ciudad de nácar. Los canales blancos atravesaban la pradera. Algunas estatuas de mármol, derribadas, bebían el rocío. Resplandecían en la hierba sus cabelleras ensortijadas, teñidas de amarillo. El aire vibraba con una luz vaga.

—¡Ay! dijo Cloe. ¿Dónde está el día? ¿Está muerto el sol? ¿A dónde ir, Dafnis

mío? No sé el camino. ¡Ah! no existen ya nuestros animales, Dafnis: se perdieron cuando partimos.

Y Dafnis respondió:

—¡Oh! Cloe, volvemos a vagar como los sueños que visitaban nuestros ojos cuando dormíamos en los prados o en el reposo de los establos. Nuestras cabezas están vacías como las adormideras maduras. Nuestras manos están llenas de las flores de la noche eterna. Tienes ceñida con asfodelos tu querida frente, y oprimes contra tu seno el azafrán que nace en la isla de los Bienaventurados. Es mejor tal vez no acordarse.

—Pero yo me acuerdo, Dafnis mío, dijo Cloe. El camino que conduce a la gruta de las ninfas costea esta pradera. Reconozco la piedra plana donde nos sentábamos. ¿Ves el bosque de donde salió el lobo que nos inspiró tan grande espanto? Aquí, me tejiste por la primera vez una jaula para cigarras. Allí, en esos breñales, cogiste para mí una estridente cigarra, y la pusiste entre mis cabellos, donde cantaba sin cesar. Era más bella que las cigarras de oro de los Atenienses de otro tiempo: porque cantaba. Quisiera tener una todavía.

Y Dafnis repuso:

—La cigarra zumba a la hora del medio día, cuando el viento hace agujeros sangrientos en el corazón de la cabaña, cuando la cicuta de verde tallo desplega su umbela blanca para refrescarse. Ahora duermen y no sabría encontrarlas. Pero mira, Cloe, el antro del dios Pan; percibo la fuente donde la visión de tu cuerpo desnudo me turbó; y cerca de allí el soto donde me enloqueció tu primer beso, donde te acechaba mientras preparaba trampas a los pájaros, en el invierno, y tú, en medio de la alta sala, colocabas los frutos en las grandes ánforas.

¡Oh! Cloe, ya no está ahí la casa, y el bosque de serbales se encuentra solitario, porque las abubillas y los abadejos no vienen ya, y Perséfona extinguió nuestras almas que ardían.

—Mira, dijo Cloe. Acabo de coger en una flor purpúrea una abeja que dormía. La he mirado: es roja y fea, y no me agradan los círculos negros de su vientre. En otro tiempo creí que la abeja era un beso con alas. Acabo de mojar mi dedo en un panal, y todo el perfume de la miel nueva se evaporó. Ha cesado de agradarme la miel.

—Cloe, dame un beso, dijo Dafnis.

—Tómalo, Dafnis mío.

Y las dos sombras blancas se turbaron, sin atreverse a decir nada. Porque su beso no tenía ya aguijón, ni olor salvaje; y como el deseo de las ovejas, de las cabras, de los pájaros y de las cigarras disminuía en su corazón, el placer de tocar sus cuerpos no los agitó ya con su estremecimiento.

—¡Oh! Cloe, aquí teníamos quesos grasosos en zarzos verdes.

—Y casi no me gustan ya los quesos, Dafnis mío.

—¡Oh! Cloe, ahí cortamos las primeras violetas del último año que vivimos.

—Y ya casi no me gustan las violetas, Dafnis mío.

—¡Oh! Cloe, mira este bosquecillo donde me diste tu primer beso.

Y Cloe, desviando la cabeza, no respondió nada.

Entonces, silenciosos, maldijeron en su corazón de la noche que parecía haber teñido las cosas de angustia. Rogaron sin palabras al Conductor de Almas que tornara por ellos con los sueños ligeros, para conducirlos por la puerta pálida del Erebo a las praderas de asfodelos donde tuvieron el tierno dolor de recordar.

Pero la Buena Diosa no accedió a su ruego.

Quedaron inclinados, cada uno por su lado, sobre las estatuas caídas.

Cuando la noche azul se tornó débilmente durada, en el oriente, escucharon un ruido de remos a lo largo de las costas. Levantaron la cabeza, sabiendo que verían a marineros-piratas, que roban todo en las playas de Lesbos, y que gritan con vos sonora cada vez que hunden los remos: rup-pa-pai.

Y sin embargo, aunque la bruma era tenue, no percibieron barco ninguno. Pero hubo un gran eco, que hizo estremecer la espuma de la playa:

—¡El gran Pan ha muerto! ¡El gran Pan ha muerto! ¡El gran Pan ha muerto!

Entonces la ciudad nacarada de Mitylene se desplomó, y todas las estatuas se derrumbaron, y la isla se volvió negra, y las almitas de las fuentes se escaparon, y los dioses minúsculos volaron del corazón de los árboles, de la médula de las plantas, del centro animado de las flores, y se extendió el silencio sobre los trozos de mármol blanco.

Las sombras de Dafnis y de Cloe se desvanecieron, súbitamente envejecidas, ante el nuevo día; y la Buena Diosa, cuyo poder subterráneo estaba aniquilado, se apoderó de ellas mientras huía por encima de las praderas hacia la región desconocida donde se han retirado los dioses. Fecundó a Lesbos con su aliento, y devolvió a la tierra a Dafnis y a Cloe; porque la isla, entre los canales blancos que la surcan, estará cubierta con su alma multiplicada, mientras broten los laureles y los mimbrales verdegueantes de su corazón sepultado.

LA CRUZADA DE LOS NIÑOS.

Circa idem tempus pueri sine rectore sine duce de universis omnium regionum villis et ciritatibus versus transmarinas partes avidis gressibus cucurrerunt, et dum quaereretur ab ipsis qua currerent, responderunt: Versus Jherasalem, quaerere terram sanctam…… Adhuc quo devenerint ignoratur. Sed plurimi redie runt, a quibus dum quaereretur causo cursus, dixe runt se nescire. Nudae etiam mulieres circa idem tem pus nichil loquentes per villas et civitates cucurrerunt……[1]

RELATO DEL GOLIARDO.

Yo, pobre goliardo, clérigo miserable errabundo por los bosques y los caminos para mendigar, en nombre de Nuestro Señor, mi pan cotidiano, vi un espectáculo piadoso, y oí las palabras de los niñitos. Sé que mi vida no es muy santa, y que he cedido a las tentaciones bajo los tilos del camino. Los hermanos que me dan vino bien se dan cuenta de que estoy poco acostumbrado a beber. Pero no pertenezco a la secta de los que mutilan. Hay mentecatos que les sacan los ojos a los pequeñuelos, les cortan las piernas y les atan las manos, con el objeto de exhibirlos y de implorar la caridad. He aquí por qué tengo miedo al ver todos estos niños. Sin duda, los defenderá Nuestro Señor Hablo al acaso, porque estoy lleno de alegría. Río de la primavera y de lo que vi. No es muy fuerte mi espíritu. Recibí la tonsura de clérigo a la edad de diez años, y he olvidado las palabras latinas. Soy semejante a la langosta: porque salto, aquí y allá, y zumbo, y a veces abro las alas de color, y mi cabeza menuda está transparente y vacía. Dicen que San Juan se alimentaba de langostas en el desierto. Sería necesario comer muchas. Pero San Juan de ningún modo era un hombre como nosotros.

Estoy lleno de adoración por San Juan, porque era vagabundo y decía palabras incoherentes. Me parece que debieron ser más suaves. Este año, también es suave la primavera. Nunca tuvo tantas flores pálidas y rosadas. Las praderas están lavadas recientemente. Por todas partes resplandece la sangre de Nuestro Señor en los setos. Nuestro Señor Jesús es color de azucena, pero su sangre es bermeja. ¿Por qué? No lo sé. Esto debe de estar en algún pergamino. Si yo hubiese sido experto en letras, tendría pergamino, y escribiría en él. De este modo comería muy bien todas las noches. Iría a los conventos a rogar por los hermanos muertos e inscribiría sus nombres en mi rollo. Transportaría mi rollo de los muertos, de una abadía a la otra. Es una cosa que agrada a nuestros hermanos. Pero ignoro los nombres de mis hermanos muertos. Puede ser que Nuestro Señor tampoco se cuide mucho de saberlos. Me pareció que todos estos niños no tenían nombres. Es seguro que los prefiere Nuestro Señor Jesús. Llenaban el camino como un enjambre de abejas blancas. No sé de dónde venían. Eran pequeños peregrinos. Tenían bordones de avellano y de álamo. Llevaban la cruz a la espalda; y todas estas cruces eran de innumerables colores. Las vi verdes, que debieron de estar hechas con hojas cosidas. Son niños salvajes e ignorantes. Vagan no sé hacia dónde. Tienen fe en Jerusalén. Pienso que Jerusalén está lejos, y que Nuestro Señor debe estar más cerca de nosotros. No llegarán a Jerusalén. Pero Jerusalén llegará a ellos. Como a mí. El fin de todas las cosas santas radica en la alegría. Nuestro Señor está aquí, en esta espina enrojecida, y en mi boca, y en mi pobre palabra. Porque pienso en él y su sepulcro está en mi pensamiento. Amén. Me acostaré aquí bajo el sol. Es un sitio santo. Los pies de Nuestro Señor santificaron todos los lugares. Dormiré. Que Jesús haga dormir en la noche a todos estos niñitos blancos que llevan la cruz. En verdad, yo se lo digo.

Tengo mucho sueño. Yo se lo digo, en verdad, porque tal vez él no los ha visto, y debe velar por los niñitos. La hora del medio día pesa sobre mí. Todas las cosas son blancas. Así sea. Amén.

RELATO DEL LEPROSO.

Si deseáis comprender lo que quiero deciros, sabed que tengo la cabeza cubierta con un capuchón blanco y que agito una matraca de madera dura. Ya no sé cómo es mi rostro, pero tengo miedo de mis manos. Van ante mí como bestias escamosas y lívidas. Quisiera cortármelas. Tengo vergüenza de lo que tocan. Me parece que hacen desfallecer los frutos rojos que tomo; y creo que bajo ellas se marchitan las raíces que arranco. *¡Domine ceterorum libera me!* El Salvador no expió mi pálido pecado. Estoy olvidado hasta la resurrección. Como el sapo empotrado al frío de la luna en una piedra obscura, permaneceré encerrado en mi escoria odiosa cuando los otros se levanten con su cuerpo claro. *Domine ceterorum, fac me liberum: leprosus sum*. Soy solitario y tengo horror. Sólo mis dientes han conservado su blancura natural. Los animales se asustan, y mi alma quisiera huir. El día se aparta de mí. Hace mil doscientos doce años que su Salvador los salvó, y no ha tenido piedad de mí. No fui tocado con la sangrienta lanza que lo atravesó. Tal vez la sangre del Señor de los otros me habría curado. Sueño a menudo con la sangre; podría morder con mis dientes; son blancos. Puesto que Él no ha querido dármelo, tengo avidez de tomar lo que le pertenece. He aquí por qué aceché a los niños que descendían del país de Vendome hacia esta selva del Loira. Tenían cruces y estaban sometidos a Él. Sus cuerpos eran Su cuerpo y Él no me ha hecho parte de su cuerpo. Me rodea en la tierra una condenación pálida. Aceché, para chupar en el cuello de uno de Sus hijos, sangre inocente. *El caro nova fiet in die irae*. El día del terror será nueva mi carne. Y tras de los otros caminaba un niño fresco de cabellos rojos. Lo vi; salté de improviso; le tomé la boca con mis manos espantosas. Sólo estaba vestido con una camisa ruda; tenía desnudos los pies y sus ojos permanecieron plácidos. Me contempló sin asombro. Entonces, sabiendo que no gritaría, tuve el deseo de escuchar todavía una voz humana y quité mis manos de su boca, y él no se la enjugó. Y sus ojos estaban en otra parte.

—¿Quién eres? le dije.

—Johannes el Teutón, respondió. Y sus palabras eran límpidas y saludables.

—¿A dónde vas, repliqué?

Y él respondió:

—A Jerusalén, para conquistar la Tierra Santa.

Entonces me puse a reír, y le pregunté:

—¿A dónde está Jerusalén?

Y él respondió:

—No lo sé.

Y yo dije todavía:

—¿Qué es Jerusalén?

Y él respondió:

—Es Nuestro Señor.

Entonces, me puse de nuevo a reír, y le pregunté:

—¿Quién es tu Señor?

Y él me dijo:

—No lo sé; es blanco.

Y esta palabra me llenó de furor, y abrí la boca bajo mi capuchón, y me incliné hacia su cuello fresco, y no retrocedió, y yo le dije:

—¿Por qué no tienes miedo de mí?

Y él dijo:

—¿Por qué habría de tener miedo de ti, hombre blanco?

Entonces me inundaron grandes lágrimas, y me tendí en el suelo, y besé la tierra con mis labios terribles, y grité:

—¡Porque soy leproso!

Y el niño teutón rae contempló, y dijo límpidamente:

—No lo sé.

¡No tuvo miedo de mí! ¡No tuvo miedo de mí! Mi monstruosa blancura es semejante para él a la del Señor. Y tomé un puñado de hierba y enjugué su boca y sus manos. Y le dije:

—Ve en paz hacia tu Señor blanco, y dile que me ha olvidado.

Y el niño me miró sin decir nada. Lo acompañé fuera de lo negro de esta selva. Caminaba sin temblar. Vi desaparecer a lo lejos sus cabellos rojos en el sol. *¡Domine infantium, libera me!* ¡Que el sonido de mi matraca de madera llegue hasta ti, como el puro sonido de las campanas! ¡Maestro de los que no saben, libértame!

RELATO DEL PAPA INOCENCIO III.

Lejos del incienso y de las casullas, puedo muy fácilmente hablarle a Dios en esta cámara desdorada de mi palacio. Aquí es donde vengo a pensar en mi vejez, sin que me sostengan bajo los brazos. Durante la misa se eleva mi corazón y mi cuerpo se enerva; el cintilar del vino sagrado llena mis ojos, y mi pensamiento se lubrica con los aceites preciosos; pero en este lugar solitario de mi basílica, puedo inclinarme bajo mi fatiga terrestre. *¡Ecce homo!* Porque de ningún modo el Señor debe escuchar verdaderamente la voz de sus sacerdotes a través de la pompa de los mandamientos y de las bulas; y sin duda ni la púrpura, ni las joyas, ni las pinturas le agradan; pero en esta pequeña celda acaso tenga piedad de mi imperfecto balbuceo. Señor, soy muy viejo, y heme aquí, vestido de blanco ante ti, y mi nombre es Inocencio, y tú sabes que no sé nada. Perdóname mi papado, porque fue instituido, y yo lo sufrí. No fui yo el que ordenó los honores. Me agrada más ver tu sol por esta ventana redonda que en los reflejos magníficos de mis vidrieras de colores. Déjame gemir como cualquier viejo y volver hacia ti este rostro pálido y arrugado que levanto penosamente por encima de las olas de la noche eterna. Los anillos se deslizan por mis dedos enflaquecidos, como se escapan los últimos días de mi vida.

¡Dios mío! soy tu vicario aquí, y hacia ti tiendo mi mano extenuada, llena del vino puro de tu fe. Hay grandes crímenes. Hay muy grandes crímenes. Podemos darles la absolución. Hay grandes herejías. Hay muy grandes herejías. Debemos castigarlas implacablemente. A esta hora en que me arrodillo, blanco, en esta blanca celda desdorada, sufro una inmensa angustia, Señor, no sabiendo si los crímenes y las herejías son del pomposo dominio de mi papado o del pequeño círculo de luz en el cual un hombre viejo une sencillamente sus manos. Y también, me encuentro turbado en lo que se refiere a tu sepulcro. Siempre está rodeado de infieles. No se ha sabido recobrarlo. Nadie ha dirigido tu cruz hacia la Tierra Santa; estamos sumergidos en el entorpecimiento. Los caballeros han depuesto sus armas y los reyes no saben ya mandar. Y yo, Señor, me acuso y golpeo mi pecho: soy demasiado débil y demasiado viejo.

Sin embargo, Señor, escucha este balbuceo trémulo que asciende fuera de esta pequeña celda de mi basílica y aconséjame. Mis servidores me trajeron extrañas nuevas desde el país de Flandes y de Alemania hasta las ciudades de Marsella y Génova. Van a nacer sectas ignoradas. Se han visto correr por las ciudades mujeres desnudas que no hablan. Estas mudas impúdicas señalan al cielo, Varios locos han predicado la ruina en las plazas. Los ermitaños y los clérigos errantes murmuran. Y no sé por qué sortilegio más de siete mil niños fueron sacados de sus casas. Son siete mil en el camino y llevan la cruz y el bordón. No tienen nada que comer; no tienen armas ningunas; son ineptos y nos avergüenzan. Son ignorantes de toda verdadera religión. Mis servidores los han interrogado. Responden que van a Jerusalén para conquistar la Tierra Santa. Mis servidores les dijeron que no podrían atravesar el mar.

Respondieron que el mar se separaría y se desecaría para dejarlos pasar. Los buenos padres, piadosos y sabios, se esforzaron por retenerlos. Rompieron durante la noche los cerrojos y franquearon las murallas. Muchos son hijos de nobles y de cortesanas. Es lamentable. Señor, todos estos inocentes serán entregados al naufragio y a loe adoradores de Mahoma. Veo que el soldán de Bagdad los acecha en su palacio Tiemblo al pensar que los marineros se apoderen de sus cuerpos para venderlos.

Señor, permíteme que te hable según las fórmulas de la religión. Esta cruzada de los niños no es una obra piadosa. No podrá conquistar el Sepulcro para los cristianos. Aumenta el número de los vagabundos que caminan en el límite de la fe autorizada. Nuestros sacerdotes no pueden protegerla. Debemos creer que el Maligno posee a estas pobres criaturas. Van en rebaño hacia el precipicio como los cerdos en la montaña. El Maligno se apodera gustoso de los niños, Señor, como lo sabes. En otro tiempo, revistió el aspecto de un cazador de ratas para atraer con las notas de la música de su caramillo a los pequeñuelos de la ciudad de Hamelin. Unos dicen que estos infortunados se ahogaron en el río Weser; otros, que los encerró en el flanco de una montaña. Teme que Satán conduzca a todos nuestros niños a los suplicios de los que no tienen nuestra fe, Señor, sabes que no es bueno que se renueve la creencia. Tan pronto como apareció en la zarza ardiente, la hiciste encerrar en un tabernáculo. Y cuando se escapó de tus labios en el Gólgota, ordenaste que fuese encerrada en las píxides y las custodias. Estos pequeños profetas derrumbarán el edificio de tu Iglesia. Es necesario defenderla. ¿Es con menosprecio de tus consagrados, como usarán en tu servicio sus albas y sus estolas, como resistirán duramente a las tentaciones para vengarte, como recibirás a los que no saben lo que hacen? Debemos dejar que vayan hacia ti los pequeñuelos, pero por el camino de tu fe. Señor, te hablo según tus instituciones. Estos niños perecerán. No hagas que bajo Inocencio se renueve el asesinato de los inocentes.

Perdóname sin embargo, Dios mío, por haberte pedido consejo bajo la tiara. Se apodera de mí el temblor de la vejez. Mira mis pobres manos. Soy un hombre muy viejo. Mi fe no es ya la de los pequeñuelos. El oro de las paredes de esta celda está gastado por el tiempo. Son blancas. El círculo de tu sol es blanco. Mi traje es blanco también, y mi corazón desecado es puro. Lo digo según tu regla. Hay crímenes. Hay muy grandes crímenes. Hay herejías. Hay muy grandes herejías. Mi cabeza está vacilante de debilidad: tal vez no sea necesario ni castigar ni absolver. La vida pasada hace titubear nuestras resoluciones. No he visto ningún milagro. Ilumíname. ¿Esto es un milagro? ¿Qué signo le diste? ¿Han llegado los tiempos? ¿Quieres que un hombre muy viejo, como yo, sea semejante en su blancura a tus pequeñuelos cándidos? ¡Siete mil! Aunque su fe sea ignorante, ¿castigarás la ignorancia de siete mil inocentes? También yo soy Inocente. Señor, soy inocente como ellos. No me castigues en mi extrema vejez. Los largos años me enseñaron que este rebaño de niños no *puede* triunfar. Sin embargo, Señor, ¿es un milagro? Mi celda continúa apacible, como en otras meditaciones. Sé que no es necesario implorarte, para que te manifiestes; pero

yo, desde lo alto de mi extrema vejez, desde lo alto de tu papado, te suplico. Instrúyeme, porque no sé. Señor, son tus pequeños inocentes. Y yo, Inocencio, no sé, no sé.

RELATO DE LOS TRES PEQUEÑUELOS.

Nosotros tres, Nicolás que no sabe hablar, Alain y Dionisio, salimos a los caminos para llegar a Jerusalén. Hace largo tiempo, que vagamos. Voces ignotas nos llamaron en la noche. Llamaban a todos los pequeñuelos. Eran como las voces de los pájaros muertos durante el invierno. Y al principio vimos muchos pobres pájaros extendidos en la tierra helada, muchos pajaritos con el pecho rojo. Después vimos las primeras flores y las primeras hojas y tejimos cruces. Cantamos ante las aldeas, como acostumbrábamos hacerlo en el año nuevo. Y todos los niños corrían hacia nosotros. Y avanzamos como un rebaño. Hubo hombres que nos maldijeron, no conociendo al Señor. Hubo mujeres que nos retuvieron por los brazos y nos interrogaban cubriendo de besos nuestros rostros. Y también hubo almas buenas, que nos trajeron leche y frutas en escudillas de madera. Y todo el mundo tuvo piedad de nosotros. Porque no saben a dónde varaos y no han escuchado las voces.

En la tierra hay selvas espesas, y ríos, y montañas, y senderos llenos de zarzas. Y al fin de la tierra se encuentra el mar que pronto cruzaremos. Y al fin del mar se encuentra Jerusalén. No tenemos quien nos mande ni quien nos guíe. Pero todos los caminos son buenos. Aunque no sabe hablar. Nicolás camina como nosotros, Alain y Dionisio; y todas las tierras son parecidas, e igualmente peligrosas para los niños. Por doquiera hay selvas espesas, y ríos, y montañas, y espinos. Pero por todas partes las voces estarán con nosotros. Hay aquí un niño que se llama Eustaquio, y que nació con los ojos cerrados. Mantiene los brazos tendidos y sonríe. Nosotros no vemos más que él. Una pequeñuela lo conduce y le lleva su cruz. Se llama Allys. No habla nunca y no llora jamás; tiene fijos los ojos en los pies de Eustaquio, para sostenerlo en sus tropiezos. Todos los queremos a los dos. Eustaquio no podrá ver las santas lámparas del sepulcro. Pero Allys le tomará las manos para hacerle tocar las losas de la tumba.

¡Oh! qué bellas son las cosas de la tierra. No nos acordamos de nada, porque nada aprendimos nunca. Sin embargo, hemos visto árboles viejos y rocas rojas. Algunas veces atravesamos por largas tinieblas. Otras, caminamos hasta la noche por claras praderas. Hemos gritado el nombre de Jesús al oído de Nicolás, y él lo conoce bien. Pero no sabe pronunciarlo. Se regocija con nosotros de lo que vemos. Porque sus labios pueden abrirse para la alegría, y nos acaricia la espalda. Y de este modo no son desgraciados: porque Allys vela por Eustaquio y nosotros, Alain y Dionisio, velamos por Nicolás.

Se nos dijo que encontraríamos en loe bosques ogros y hechiceros. Éstas son mentiras. Nadie nos ha espantado; nadie nos ha hecho daño. Los solitarios y los enfermos vienen a vernos, y las ancianas encienden luces para nosotros en las cabañas. Tocan por nosotros las campanas de las iglesias. Los campesinos se empinan desde los surcos para espiarnos. También nos miran los animales y no huyen. Y desde que caminamos, el sol se ha tornado más caliente, y no recogemos ya las mismas flores. Pero todos los tallos se pueden tejer en las mismas formas, y nuestras cruces

son siempre frescas. De este modo tenemos grande esperanza, y pronto veremos el mar azul. Y al extremo del mar azul está Jerusalén. Y el Señor dejará llegar a su tumba a todos los pequeñuelos. Y las voces ignotas se tornarán alegres en la noche.

RELATO DE FRANCISCO LONGUEJOUE, CLÉRIGO.

Hoy, décimo quinto día del mes de septiembre, del año después de la encarnación de Nuestro Señor de mil doscientos y doce, se llegaron a la oficina de mi señor Hugo Ferré muchos niños que solicitaban atravesar el mar para ir a ver el Santo Sepulcro. Y porque el dicho Ferré no tiene suficientes naves mercantes en el puerto de Marsella, me ha encomendado de requerir a maese Guillermo Porc, a fin de completar el número, Los patrones Hugo Ferré y Guillermo Porc conducirán las naves hasta Tierra Santa por el amor de Nuestro Señor J. C. Hay al presente esparcidos en tomo de la ciudad de Marsella más de siete mil niños algunos de los cuales hablan lenguas bárbaras. Mis señores los concejales, temiendo justamente la escasez, se han reunido en la casa de cabildos, donde previa deliberación, emplazaron a los dichos patrones a fin de exhortarlos y suplicarles que envíen las naves con gran diligencia. El mar no es al presente muy favorable a causa de los equinoccios; pero hay que considerar que tal afluencia pudiera ser peligrosa para nuestra buena ciudad, tanto más que estos niños están todos hambrientos por lo largo del camino y no saben lo que hacen. Mandé llamar a los marineros al puerto, y equipar las naves. A la hora de vísperas se podrá lanzarlas al agua. La multitud de niños no está en la ciudad, pero recorre la playa juntando conchas como recuerdos de viaje y han dicho que se asombran de las estrellas de mar y piensan que cayeron vivas del cielo a fin de indicarles el camino del Señor. Y de este acontecimiento extraordinario, he aquí lo que tengo que decir: primeramente, que es de desearse que los patrones Hugo Ferré y Guillermo Porc conduzcan prontamente fuera de nuestra ciudad esta turbulencia extranjera, segundo, que el invierno ha sido muy rulo, por lo que la tierra está pobre este año, lo que saben bastante mis señores los mercaderes; tercero, que no le avisaron a la Iglesia del deseo de esta horda que viene del Norte, y que no se mezclará en la locura, de un ejército pueril (turba infantium). Y es conveniente alabar a los patrones Huyo Ferré y Guillermo Porc, tanto por el amor que experimentan hacia nuestra buena ciudad como por su sumisión a Nuestro Señor, enviando sus naves y convoyándolas por este tiempo de equinoccio, y con gran peligro de ser atacados por los infieles que surcan nuestro mar en sus falúas de Argelia y de Bujía.

RELATO DEL KALANDAR.

¡Gloria a Dios! ¡Alabarlo sea el Profeta que me permitió ser pobre y vagar por las ciudades invocando al Señor! ¡Tres veces benditos sean los santos compañeros de Mohamed que instituyeron la orden divina a la que pertenezco! Porque soy semejante a él cuando fue arrojado a pedradas de la ciudad infame que no deseo nombrar siquiera, y se refugió en una viña donde un esclavo cristiano tuvo piedad de él, y le dio uvas, y fue tocado por las palabras de la fe al declinar el día. ¡Dios es grande! Atravesé las ciudades de Mosul, y de Bagdad, y de Basora, y conocí a Sala-ed-Din (Dios tenga su alma) y al sultán su hermano Seif-ed-Din, y contemplé al Comendador de los Creyentes. Vivo muy bien con un poco de arroz que mendigo y con agua que vierten en mi calabazo. Mantengo la pureza de mi cuerpo. Pero la pureza mayor reside en el alma. Está escrito que el Profeta, antes de su misión, cayó profundamente adormecido al suelo. Y dos hombres blancos descendieron a derecha e izquierda de su cuerpo permaneciendo allí. Y el hombre blanco de la izquierda le hendió el pecho con un cuchillo de oro, y, sacó el corazón, del que exprimió la sangre negra. Y el hombre blanco de la derecha le hendió el vientre con un cuchillo de oro, y sacó las vísceras que purificó. Y colocaron las entrañas en su sitio, y desde entonces fue puro el Profeta para anunciar la fe. Ésta es una pureza sobrehumana que pertenece principalmente a los seres angélicos. Sin embargo los niños también son puros. Tal fue la pureza que deseó engendrar la adivinadora cuando percibió el halo en torno de la cabeza del padre de Mohamed y quiso unirse a él. Pero el padre del Profeta se unió a su mujer Aminah, y el halo desapareció de su frente, y la adivinadora conoció así que Aminah acababa de concebir un ser puro. ¡Gloria a Dios que purifica! Aquí, bajo el pórtico de este bazar, puedo descansar, y saludaré a los que pasan. Hay ricos mercaderes de telas y de joyas que se mantienen en cuclillas. He aquí un caftán que bien vale mil dinares. Yo, no tengo necesidad de dinero y soy libre como un perro. ¡Gloria a Dios! Recuerdo, ahora que estoy a la sombra, el principio de mi discurso. Primeramente, hablo de Dios, fuera del cual no hay Dios, y de nuestro santo Profeta, que reveló la fe, porque es el origen de todos los pensamientos, ya sea que salgan de la boca, o que hayan sido trazados con ayuda del cálamo. En segundo lugar, considero la pureza de que Dios dotó a los santos y a los ángeles. En tercer lugar, reflexiono en la pureza de los niños. En efecto, acabo de ver un gran número de niños cristianos que fueron comprados por el Comendador de los Creyentes. Los vi por la carretera. Caminaban como un rebaño de carneros. Se dice que vienen del país de Egipto, y que los navíos de los Francos los desembarcaron ahí. Satán los poseía e intentaron atravesar el mar para ir a Jerusalén. ¡Gloria a Dios! No fue permitido que se realizara semejante crueldad. Porque estos pobres niños habrían muerto en el camino, sin ayuda ni víveres. Son por completo inocentes. Y a su vista me arrojé a tierra, y golpee el suelo con mi frente alabando al Señor en voz alta. He aquí sin embargo cuál era el continente de estos niños. Estaban vestidos de blanco, llevaban

cruces cosidas sobre sus vestidos. Parecían ignorar donde se encontraban, y no demostraban aflicción. Mantenían los ojos constantemente dirigidos a lo lejos, Noté que uno de ellos era ciego y que una pequeñuela lo conducía de la mano. Muchos tienen cabellos rojos y verdes pupilas. Son Francos que pertenecen al emperador de Roma. Adoran falsamente al Profeta Jesús. El error de estos Francos es manifiesto. Desde luego está probado por los libros y los milagros, que no hay otra palabra que la de Mohamed. En seguida, Dios nos permitió glorificarlo diariamente, y buscar nuestra vida, y ordena a sus fieles que protejan nuestra orden. Por último, ha rehusado la clarividencia a los niños que partieron de un país lejano, tentados por Iblis, y él no se ha manifestado para advertírselos. Y si ellos no hubiesen caído felizmente en las manos de los creyentes, habitan sido apresados por los Adoradores del Fuego y encadenados en cuevas profundas. Y estos malditos los habrían ofrecido en sacrificio a su ídolo devorador y odioso. ¡Alabado sea nuestro Dios que hace bien todo lo que hace y que protege aun a los que no lo confiesan! ¡Dios es grande! Iré ahora a pedir mi parte de arroz en la tienda de este orfebre, y a proclamar mi menosprecio por las riquezas. Si le place a Dios, todos estos niños serán salvos por la fe.

RELATO DE LA PEQUEÑA ALLYS.

Ya no puedo caminar bien, porque estamos en un país ardiente, donde los hombres mentecatos de Marsella nos trajeron. Y al principio fuimos sacudidos sobre el mar en un día negro, en medio de los fuegos del cielo. Pero mi pequeño Eustaquio no sintió miedo porque no vió nada y yo le tenía las dos manos. Lo quiero mucho, y vine aquí a causa de él. Porque no sé a dónde vamos. Hace largo tiempo que partimos. Los otros nos hablaban de la ciudad de Jerusalén, que está al extremo del mar, y de Nuestro Señor que estará ahí para recibirnos. Y Eustaquio conocía bien a Nuestro Señor Jesús; pero no sabía lo que es Jerusalén, ni una ciudad, ni la mar. Huyó por obedecer a las voces y las escuchaba todas las noches. Las escuchaba en la noche a causa del silencio, porque no distingue la noche del día. Y me interrogaba acerca de estas voces, pero nada podía decirle. No sé nada, y tengo pena solamente a causa de Eustaquio. Caminamos cerca de Nicolás, y de Alain, y de Dionisio; pero ellos subieron a otro navío, y no todos los navíos estaban allí cuando apareció de nuevo el sol. ¡Ay! ¿qué les pasaría? Los encontraremos cuando lleguemos cerca de Nuestro Señor. Está muy lejos todavía. Se habla de un gran rey que nos hace venir, y que tiene en su poder la ciudad de Jerusalén, En esta comarca todo es blanco, las casas y los vestidos, y el rostro de las mujeres está cubierto con un velo. El pobre Eustaquio no puede ver esta blancura, pero le hablo de ella y se regocija. Porque dice que es la señal del fin. El Señor Jesús es blanco. La pequeña Allys está muy cansada; pero tiene a Eustaquio de la mano, para que no caiga, y no le queda tiempo de pensar en su fatiga. Descansaremos esta noche, y Allys dormirá, como de costumbre, cerca de Eustaquio, y si no nos han abandonado las voces, tratará de oírlas en la noche clara. Y tendrá de la mano a Eustaquio hasta el fin blanco del gran viaje, porque es necesario que ella le muestre al Señor. Y seguramente el Señor tendrá piedad de la paciencia de Eustaquio, y permitirá que Eustaquio lo vea. Y tal vez entonces Eustaquio verá a la pequeña Allys.

RELATO DEL PAPA GREGORIO IX.

He aquí el mar devorador que parece inocente y azul. Sus pliegues son suaves y está orlado de blanco, como un ropaje divino. Es un cielo líquido y están vivos sus astros. Medito sobre él, desde este trono de rocas al que me hice traer en mi litera. Está realmente en medio de las tierras de la cristiandad. Recibe el agua sagrada donde el Anunciador lavó el pecado. En sus orillas se inclinaron todos los rostros santos, y balanceó sus imágenes transparentes. Grande ungido misterioso, que no tienes ni flujo ni reflujo, canción arrulladora de azul, engastada en el anillo terrestre como una joya fluida, te interrogo con mis ojos. ¡Oh mar Mediterráneo, devuélveme a mis niños! ¿Por qué los apresaste?

No los conocí. No fue acariciada mi vejez por sus frescos alientos. No vinieron a suplicarme con sus tiernas bocas entreabiertas. Solos, como pequeños vagabundos, llenos de una fe ciega y furiosa, se aventuraron hacia la tierra prometida y fueron aniquilados. De Alemania y de Flandes, y de Francia y de Saboya y de Lombardía, vinieron hacia tus olas pérfidas, mar santo, murmurando palabras confusas de adoración. Fueron hasta la ciudad de Marsella; fueron hasta la ciudad de Génova. Y los llevaste en naves sobre tu ancho dorso encrespado de espuma; y volviste y alargaste hacia ellos tus brazos glaucos, y los has sepultado. Y a los demás, los traicionaste, llevándolos hacia los infieles; y ahora suspiran en los palacios de Oriente, cautivos de los adoradores de Mahoma.

En otro tiempo, un orgulloso rey de Asia te hizo golpear con vergas y le cargó de cadenas. ¡Oh mar Mediterráneo! ¿Quién te perdonará? Eres tristemente culpable. A ti es al que acuso, a ti solo, falsamente límpido y claro, mal espejo del cielo; te emplazo para ante el trono del Altísimo, del que dependen todas las cosas creadas. Mar consagrado, ¿qué has hecho de nuestros niños? Levanta hacia Él tus dedos trémulos de burbujas; agita tu innumerable risa purpúrea; haz hablar a tu murmurio, y dale cuenta a Él.

Mudo por todas tus bocas blancas que vienen a morir a mis pies sobre la playa, guardas silencio. Hay en mi palacio de Roma una antigua celda desdorada, que el tiempo hizo cándida como una alba. El pontífice Inocencio acostumbraba retraerse allí, Se pretende que meditó largo tiempo sobre los niños y sobre su fe, y que pidió una señal al Señor. Aquí, desde lo alto de este trono de rocas, en medio del aire libre, declaro que este pontífice Inocencio tenía también una fe de niño, y que sacudió en vano sus cabellos blancos. Soy mucho más viejo que Inocencio; soy el más viejo de todos los vicarios que el Señor puso en la tierra, y apenas comienzo a comprender. Dios no se manifiesta de ningún modo. ¿Asistió acaso a su hijo en el Monte de los Olivos? ¿No lo abandonó en su angustia suprema? ¡Oh locura pueril la de invocar su ayuda! Todo mal y toda prueba residen en nosotros. Tiene perfecta confianza en la obra creada por sus manos. Y tú traicionaste su confianza. Mar divino, que no te asombre mi lenguaje. Todas las cosas son iguales ante el Señor. La soberbia razón de

los hombres no vale más en el valor del infinito que los ojillos radiados de uno de tus peces. Dios concede la misma parte al grano de arena y al emperador. El oro madura en la mina tan impecablemente como el monje reflexiona en el monasterio. Las partes del mundo son tan culpables unas como otras, cuando no siguen las líneas de la bondad; porque proceden de Él. No hay a sus ojos piedras, ni plantas, ni animales, ni hombres, sino creaciones. Veo todas estas cabezas blanquecinas que saltan por encima de tus olas, y que se funden en tu agua; sólo un segundo se doran bajo la luz del sol, y pueden ser condenadas o elegidas. La extrema vejez instruye al orgullo e ilumina a la religión. Tengo tanta piedad por esta pequeña concha de nácar como por mí mismo.

He aquí por qué te acuso, mar devorador, que sepultaste a mis pequeñuelos. Acuérdate del rey asiático por quien fuiste castigado. Pero éste no fue un rey centenario. Los años no lo habían enseñado bastante. No podía comprender las cosas del Universo. Yo no te castigaré. Porque mi queja y tu murmullo vendrían a morir al mismo tiempo a los pies del Altísimo, como el rumor de tus aguas viene a morir a mis plantas. ¡Oh mar Mediterráneo! te perdono y te absuelvo. Te doy la muy santa absolución. Ve y no peques ya. Soy culpable como tú de faltas que no conozco. Tú te confiesas incesantemente sobre la playa por tus mil labios dolientes, y yo me confieso contigo, gran mar sagrado, por mis labios marchitos. Uno al otro nos confesamos. Absuélveme y yo te absuelvo. Tornemos a la ignorancia y al candor. Así sea.

¿Qué haré sobre la tierra? Habrá un monumento expiatorio, un monumento para la fe ignorante. Las edades que vengan deben conocer nuestra piedad, y no desesperar. Dios condujo hacia Él a los niños cruzados, por el santo pecado del mar; los inocentes fueron asesinados; los cuerpos de los inocentes tendrán un asilo. Siete naves se hundieron en el arrecife de Reclus; yo construiré en esta isla una iglesia de los Nuevos Inocentes y estableceré doce prebendados. Y tú me devolverás los cuerpos de mis niños, mar inocente y consagrado; los depositarás en las playas de la isla; y los prebendados los colocarán en las criptas del templo; y encenderán, encima, eternas lámparas donde arderán oleos santos, y mostrarán a los viajeros piadosos todos estos huesecillos blancos esparcidos en la noche.

Notas

[1] Por aquel tiempo los niños, sin guía y sin jefe, corrían precipitadamente de las ciudades y pueblos de todas las regiones hacia el otro lado del mar, y cuando se les preguntó a donde iban, respondieron: hacia Jerusalén, a buscar la tierra santa… Todavía se ignora lo que haya sido de ellos. Muchos volvieron y al preguntarles la causa de su viaje dijeron que no sabían. También por aquel entonces mujeres desnudas, que nada decían, pasaron corriendo por las ciudades y por los pueblos… <<